

## Lectura antropológica en torno al vaciado del fundamento a partir del ‘Rascasuelos’ proyectado en 2009 para el Zócalo de México

Anthropological Interpretation on the Emptying of the Foundation since the ‘Earthscraper’ projected by Bunker Arquitectura for The Zócalo (Mexico City)

Guillermo Aguirre-Martínez

Universidad Internacional de Valencia  
guillermo-aguirre@hotmail.com

**Resumen.** En 2009, Bunker Arquitectura presentó su proyecto ‘Earthscraper’ a un concurso lanzado por la revista eVolo. En este proyecto –no materializado finalmente– se proponía la construcción de un rascasuelos de sesenta y cinco plantas en el Zócalo de Ciudad de México. La idea propuesta por Bunker apuntaba al reencuentro de la sociedad mexicana contemporánea con las raíces de su cultura –dado que bajo este terreno se encontraba parte del Templo Mayor de Tenochtitlán–. A partir de este episodio desarrollaremos nuestras consideraciones en torno al vaciado del fundamento como proceso nuclear de nuestra cosmovisión presente.

**Abstract.** It was 2009 when Bunker Architecture presents the project ‘Earthscraper’ in response to a call for proposals for eVolo Magazine. The purpose was to build the ‘Earthscraper’ in The Zócalo, that is, the centre of Mexico City. In addition, another idea consists of linking the ancient local culture with the contemporary one –part of the Great Temple of Tenochtitlan is located under the current Zócalo–. Since this event we will develop a theoretical basis on the emptying of the foundation, as an axial process of our current view of the world.

**Palabras clave.** Rascasuelos; fundamento; vaciado; arquitectura subterránea.

**Keywords.** Earthscraper; Foundation; Emptying; Zócalo; Subterranean Architecture.

**Formato de citación.** Aguirre-Martínez, Guillermo (2019). Lectura antropológica en torno al vaciado del fundamento a partir del ‘Rascasuelos’ proyectado en 2009 para el Zócalo de México. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 9(2), 75-82. [http://www2.uval.es/urbs/index.php/urbs/article/view/aguirre\\_martinez2](http://www2.uval.es/urbs/index.php/urbs/article/view/aguirre_martinez2)

**Recibido:** 16/11/2019; **aceptado:** 21/11/2019; **publicado:** 25/11/2019

**Edición:** Almería, 2019, Universidad de Almería

### Presentación

En el año 2009, Bunker Arquitectura presentó su propuesta, «Earthscraper», al concurso «2009 Skycraper Competition». El proyecto, concebido para ser edificado en el Zócalo de la por entonces aún llamada México D.F., quedaba «integrado por una pirámide invertida con un vacío central, para permitir que todas las áreas habitables [se viesen] alumbradas a través de la luz solar»<sup>1</sup>. Presentado como una alternativa a la construcción hacia lo alto y desde el deseo, permanente en los trabajos de la empresa, de no resultar agresivo ni con el medio urbano ni con el natural,<sup>2</sup> puede comprenderse como una apertura hacia los estratos inferiores del terreno no sólo desde el aludido deseo de ofrecer soluciones en principio no problemáticas para el entorno, sino, según se subraya desde el estudio arquitectónico, como una posibilidad de dar a conocer las profundidades de un territorio rico en tesoros arqueológicos. Esta adecuación al medio, este levantamiento de un conjunto de viviendas junto a los restos arqueológicos, no deja de presentarse, a su vez, como un metafórico inundar de luz los estratos sagrados –arcanos, grávidos de simbolismo– del terreno, desde la planta de entrada hasta el sexagésimo quinto y último de los niveles proyectados. La preservación de un concreto entorno, en este caso, camina de la mano del adentramiento

<sup>1</sup> <https://arquitecturamejicana.wordpress.com/2012/02/16/el-rascasuelo-bnkr-arquitectura/>

<sup>2</sup> El propósito y sentido del proyecto, según se recoge en la propia web de la empresa, es el que sigue: «The Historic Center of Mexico City is in a desperate need of a programmatic make-over. New infrastructure, office, retail and living space is required but no empty plots are available. Federal and local laws prohibit demolishing historic buildings and height regulations limit new structures to eight stories. The Earthscraper is the Skyscrapers antagonist in a historic urban landscape where the latter is condemned and the preservation of the built environment is the paramount ambition. It preserves the iconic presence of the city square and the existing hierarchy of the buildings that surround it. It is an inverted pyramid with a central void to allow all habitable spaces to enjoy natural lighting and ventilation.

To conserve the numerous activities that take place on the city square year round (concerts, political manifestations, open-air exhibitions, cultural gatherings, military parades), the massive hole is covered with a glass floor that allows the life of the Earthscraper to blend with everything happening on top» (<http://www.bunkerarquitectura.com/the-earthscraper>).

en un espacio telúrico, de la invasión de los fondos del Zócalo, con la planteada construcción de un museo, oficinas, tiendas, así como de numerosas viviendas.

Tan bizarro sincretismo abre la boca de la tierra para vaciarla de dioses, consagrándose en su lugar un templo denotativo de los afanes de nuestra época con sus fugitivos y, asimismo seriados, fetiches de usar y tirar. Cabe al respecto añadir, por consiguiente, que la desestimación final de su construcción es lo de menos, pues, más allá de este caso aislado, se trata de una tendencia consumada en todo el orbe –si aquí nos apoyamos sobre este concreto caso es dada su idoneidad a la hora de ejemplificar, no en función de su exclusividad-. Cuanto ante todo nos ocupa es lo llamativo de esta apropiación del pasado, aspecto que en el modelo con que ejemplificamos –de relativa importancia si es comparado con otros muchos verdaderamente llamativos de profanación de la memoria histórica– consiste en hacer de esta simbólica montaña invertida un lugar cotidiano, entregado al ritmo del día a día, al constante ascenso y descenso de sus ascensores y escaleras mecánicas. Según se ha mencionado, causa especial perplejidad el hecho de que en dicho lugar se pensase posibilitar un simbólico solapamiento con el centro religioso de Tenochtitlán, ahora convertido en fetiche. Según observamos, un lugar de alta concentración telúrica –la cueva o montaña: el templo–, deviene sintomáticamente en espacio de trabajo, de mercadeo asimismo, como queda ejemplificado con la construcción de las mencionadas viviendas así como de zonas de comercio y, ante todo, del pertinente museo.<sup>3</sup> Vaciado el núcleo de la plaza, este centro civilizatorio se ve iluminado, y en cierto modo asaltado, por luces y espectros, por millares de curiosos visitantes. Y es que, en este sentido, el deseo de desenterrar los tesoros de la antigua cultura local desde el que fue concebido el proyecto, puede verse asimismo como una paralela desmitificación del imaginario de esa misma cultura –cosa que, por lo demás, enraíza con el modo de ser, con las intenciones, diríamos, de nuestra presente cosmovisión, no siendo este vaciado del terreno aquí comentado sino un pretexto, una imagen más, de un fenómeno favorecido social y culturalmente en todo el orbe–, como un paralelo arrancamiento de las raíces del terreno con vistas a su suplantación por nuestras nuevas idealidades, más que sincréticas, carentes de puntos ciegos, esto es, de fundamento.<sup>4</sup>

La exploración de los fondos y el inmediato despojamiento de los mismos, la falsa e interesada vinculación con el ayer, y el levantamiento del presente sobre un pasado selectivamente reelaborado, constituyen, en suma, un mismo proceso. El fenómeno es común a la época y, en este sentido, en tanto que favorecido por las renovadas intenciones del individuo, se comprende irrefrenable. El pasado pasa a ser, al momento, un filón del que sacar partido. En base a este presupuesto, el desfondamiento sustancial característico de nuestra cultura demanda ante todo iluminar, sacar rédito del sustrato sagrado –esto es, incorporarlo a la sociedad lúdica y capitalista–. Es el mismo proceso por el que el oro –dios solar– devino en moneda, o por el que, a grandes rasgos, la realidad no posee valor en sí, sino valor para el sujeto. Las siguientes líneas irán desplazándose desde esta imagen tomada como punto de partida hacia lugares más comunes y abstractos.

### Vaciamiento sustancial

A partir del deseo de construir hacia abajo, de ganar espacio a la tierra y de adentrarnos en una esfera subterránea, ponemos del revés nuestras usuales concepciones espaciales. Hay en este giro una significativa sustitución de la común búsqueda de cotas elevadas por aquellas otras soterradas. Esta horadación, si en principio aparenta rehusar la competencia en altura, si simbólicamente rechaza alzarse hacia el firmamento –espacio asimismo ayer vinculado con un orden metafísico, y hoy alusivo a las posibilidades técnicas del individuo–, e incluso se advierte como apertura hacia aquello que de telúrico

<sup>3</sup> «El desarrollo, de 65 niveles, estaría distribuido de la siguiente manera: área de museo del nivel -1 al -10 (0.00 a -60.00 metros), zona comercial del nivel -11 al -20 (-60.00 a -100.00 metros), vivienda del nivel -21 al -30 (-100.00 a -140.00 metros) y oficinas y servicios del nivel -31 al -65 (-140.00 a -300.00 metros), explica Bunker Arquitectura» (<http://www.obrasweb.mx/arquitectura/2011/09/14/un-rascasuelos-en-las-profundidades-del-zocalo>)

<sup>4</sup> Por el momento, con forma de mosaico, e incluso a modo de una infinitud de imágenes vacías de interioridad.

encontramos en nuestro espacio vital, supone asimismo un despojamiento, con la mera incursión en sus dominios, de las significaciones que lo arcano atesora, o, para ser más precisos, que en su momento atesoró, y que hoy nutren nuestras ambiciones.<sup>5</sup>

Como la intención de construir un modelo en este bosque de oficinas evidencia, esta nueva intención edificatoria parece venir acompañada, de algún modo y en apariencia, de una búsqueda de espacios de recogimiento en detrimento de un modelo de construcción reafirmante del carácter expansivo del individuo: un regreso, retomando la imagen ya expuesta, a la cueva, al vientre de la naturaleza,<sup>6</sup> una ligazón, asimismo, con nuestro pasado. Desde esta última perspectiva, siempre forzada, el sujeto supuestamente se retira del mundo, dando la espalda casi literalmente a nuestra sociedad de crecimiento hipertrofiado. Esta retirada sólo es cierta desde una mirada superficial, pues, a partir de lo advertible desde un nivel inmediatamente inferior, hemos de asumir que cuanto aquí se presenta constituye una réplica, piso por piso, de aquello que tiene lugar sobre la superficie del terreno. La fisonomía urbanística y arquitectónica varía, si bien las intenciones de nuestra cultura en modo alguno difieren en su necesidad de secularizar y culturizar nuestro pasado.

De este modo, por encima del aparente deseo de refugio, prevalece la incesante suplantación de un estado liberado de historia –no sólo relativo a lo en su momento comprendido desde su vínculo con lo sacro, como en el modelo aquí expuesto, sino asimismo relativo a nuestro modo de entender el medio desde su cuidado– por otro en el que el sujeto se entroniza mediante la adulterada reelaboración del pasado. El desenterramiento de los lugares en un lejano pasado entendidos como santos equivale, en consecuencia, a su reificación inmediata en tanto que para el ojo moderno deviene, sin más, en objeto de museo. Todo aquí cobra carácter de fábula, dado que, del mismo modo que entendemos la apertura hacia lo subterráneo como hilo entre presente y pasado, cabe asimismo, en función de la relación de simetría que venimos exponiendo, la posibilidad de advertir dicho acontecer como fenómeno supeditado a las necesidades civilizatorias del sujeto, notoriamente despreocupado de cuanto concierne a su orden sustentante, si no es para hacer un uso lúdico, cultural –tomando este término en su actual sentido– o comercial del mismo. Esto último cabe extrapolarlo, no cesamos de repetirlo, a todo orden vital en nuestra sociedad.

Resulta, por otra parte, pertinente señalar que, cuando se hace referencia a lo telúrico, se alude a su vez a una necesidad hoy rechazada de enraizar el ser sobre un terreno –existencial y esencialmente hablando– desconocido. Tomando como base la idea de que cualquier símbolo remite en última instancia al vacío de sentido que sustenta todo constructo eidético, advertimos en el rechazo precisamente de lo simbólico una incapacidad para afirmar nuestra identidad sobre aquello que nos sobrepasa. La negación del vacío determinada por el *horror vacui* de nuestra sociedad neoliberal –para la que cualquier objeto es valorado en función de lo que pueda reportar–, concede a la realidad un aspecto mecánico, cuando no fantasmal. Dicho de otro modo, la reificación a la que queda expuesta cada ideación histórica en el momento en que, tarde o temprano, el símbolo –la palabra asimismo– es tomado como mero fetiche, determina nuestro abúlico sentir cultural contemporáneo. Se comprende, por ello, que la horadación de nuestros cimientos materiales y eidéticos, aun cuando, como se ha señalado, puede revelarse como un afán por guarecernos en un espacio extemporal, en un espacio al margen de aquello sometido a nuestro marco común de existencia, se interpreta a su vez como un paso más en el proceso de secularización de aquellos mitos que han consolidado un concreto imaginario,<sup>7</sup> al tiempo que como expresión de un deseo de la hipertrofiada

<sup>5</sup> Conviene prestar atención a la comprensión de Peter Sloterdijk en torno a lo uterino, así como en torno a lo demoníaco. Desde este nexo, cabe establecer una nueva identificación, esta vez entre lo inmanente, lo telúrico y lo demoníaco tal y como sobrevive, tal y como se presenta, en la sociedad contemporánea. Remitimos asimismo, en lo tocante a estos aspectos, a la obra de Michel Maffesoli, e incluso a la de László Földényi (2008<sup>a</sup>, 2008b), al menos –en el caso de este último– a sus estudios sobre Goya y sobre la melancolía.

<sup>6</sup> Modelos explícitos en su deseo de refugiar al individuo en lo que hemos denominado espacio uterino, los encontramos en los diseños de Peter Vetsch, cuya obra se ha orientado hacia la construcción de viviendas bajo tierra.

<sup>7</sup> Podemos entender, con todo, la doble pulsión que determina el sentido del mito, si bien en este caso hemos de partir del entendimiento del mito contemporáneo desde la completa desarticulación de su sentido. Una vez asumida la presente idea, el sujeto

sacralización del yo en su ansia por comprenderse como hacedor omnipotente.<sup>8</sup> Entre esta pretensión y el subsiguiente fracaso se desagua el individuo contemporáneo. En último término, habríamos de añadir, el sujeto atesora una significación, volviendo a Sloterdijk y, en relación con las desorbitadas pretensiones por parte de dicho sujeto, destructiva o demoníaca.

Retomando el hilo atrás abandonado, resulta interesante, a partir de esta doble perspectiva tan propia de nuestro pensamiento actual –escépticamente crítico–, observar cómo un apagamiento de un orden elevado, un desmoronamiento de todo cuanto ponemos en relación con la construcción en altura –fenómeno vinculado asimismo con la invalidación de un orden de ideas platónico–, es sobrepasado ahora también por el eclipse de un orden arquetípico, soterrado, esto es, por un estrato de existencia vinculado con la vivencia inconsciente. Desde esta doble anulación, todo acontece y se resuelve sobre la superficie. Tras rehuir de los dioses, alejamos nuestros demonios, sufriendo –en palabras de Michaux– cada uno y en conjunto las terribles consecuencias. En consecuencia, el sintomático adentramiento en el subsuelo –y su significación en el imaginario colectivo e individual– nos permite establecer un contacto con las imágenes de nuestras profundidades, si bien ya sólo desde su valor como mero objeto de estudio, como objeto de recreo incluso, pero en modo alguno como material desde el que establecer un encuentro entre el presente y el ayer de modo no interesado, dado que el ayer, para nuestros ojos, acaso en verdad no existe, pues, si existe, es sólo para «presentizarlo». Alcanzada la esfera del submundo, éste, como también el ayer, se ve despojado de organicidad, se ve anulado por un omnívoro presente, por un inclinado futuro, espacio de idealidades y de miserias.

Cuanto aquí se revela, en toda esta significativa actividad, es a fin de cuentas el desbordamiento de una cosmovisión opresiva en la que el sujeto se comprende, a su modo, como dios, criatura y diablo. Si establecemos, por consiguiente, un vínculo entre estos términos, entenderemos que cuanto el individuo contemporáneo emprende con su literal descenso a sus nuevos altares denota una alteración de naturaleza del objeto sacro, ahora vinculado enteramente con lo mensurable, con lo iluminado, con lo conocido y lo cuantificable. Acudiendo de nuevo a nuestro ejemplo, la antigua y obsoleta deidad descansa metafóricamente en algún piso superior tras alguna de las vitrinas. En último término, este sujeto que a diario descende las escaleras que conducen a su aséptico santuario, descubre que el objeto al que presenta sus ofrendas es un dios tan ansioso de sacrificios como aquél cuyo mausoleo descansa en las salas del museo.

Según hemos visto en este epígrafe, en su permanente desproveer de sustancia a la naturaleza, en su afán por iluminar estratos soterrados o hasta el momento no explorados, el individuo desfonda la superficie y

---

mismo –junto con las estructuras que consolida– deviene en último objeto de adoración. Más allá de esto, si tomamos como punto de partida la siguiente cita referente al imaginario azteca del que hemos partido a la hora de referirnos a las profundidades holladas por el Rascasuelos, observamos con facilidad que todo proceso de apropiación mitológica enriquece el imaginario de aquel sujeto que desarticula o absorbe el estrato precedente: «En realidad, los aztecas-mexicas tenían corta y a la vez larga historia. Breve, porque su existencia plenamente autónoma había abarcado solo alrededor de un siglo. Larga, porque sus raíces se hundían en un desarrollo cultural de milenios. [...] Los aztecas-mexicas fueron, por así decirlo, la fachada de una civilización originaria que floreció y se diversificó de múltiples formas desde mucho antes de la era cristiana. [...] Para valorar mejor este doble atributo –pertenecer a una civilización originaria y ser a la vez su fachada o postrer florecimiento autónomo– conviene precisar qué es lo que se entiende aquí por ‘civilización originaria’» (Miguel León-Portilla, 2005, p. 10). De esto último se deriva que el imaginario del que tomamos parte, de un modo u otro, continúa su curso como si tal cosa, si bien el sujeto de adoración pasa a ser ahora ese mismo sujeto o la estructura socioeconómica que lo sustenta. Evidentemente, se replicará que toda religión no deja de constituir una estructura socioeconómica, de manera que será preciso añadir que, más allá de cómo comprenda estos términos cada cual, lo que se advierte de fondo es un cuadro en el que el sujeto, como esa ave que atrapa a la sierpe en el imaginario local, devora su orden sustancial, telúrico, para luego constatar que, una vez engullida la simbólica sierpe, dado que ella misma –dicha ave, dicho sujeto– se comprende como objeto último cultural identificado con su sistema de naturaleza inmanente, habrá de ser devorada como natural fruto de su actividad. El mito de Saturno se invierte como todo mito en nuestro moderno imaginario, y el sujeto engendrador se ve en consecuencia devorado por el hijo.

<sup>8</sup> Advirtiéndose pertinente, en cualquier caso, plantearse si el dios es, en este caso, el ingeniero biomolecular que construye nueva vida o el sujeto, reiteramos, como especie. Lo que, en última instancia, y, dado que no podría establecerse un corte sin falsearse la idea, devendría en un endiosamiento del todo, en un imponente panteísmo: si el sujeto actual suplanta a dios, no es posible cercenar la cadena a nuestro antojo, lo que conllevaría divinizar al hombre no sólo desde sus orígenes homínidos, sino también al mono y a los antecesores de éste, hasta llegar a la primera forma de vida orgánica, tras lo cual no nos quedaría sino el trenzarla con la inorgánica. Lo dicho, se regresaría a un insospechado panteísmo.

seguidamente el subsuelo, para vaciarlo de vida orgánica e introducir en él sus nuevas motivaciones, sus renovados deseos llamados a extraer beneficio incluso de aquello que, en verdad, exige de él una ofrenda. En este descenso masivo hacia el centro de la tierra, de nuestro imaginario y de nuestra naturaleza como seres, tendemos a ignorar las estructuras fundamentales sobre las que nos erigimos, llegando incluso a creer que quien nos sustenta, el fundamento, coincide con uno mismo.<sup>9</sup> Alcanzados estos límites, erosionado y desterrado el panteón que de un modo u otro nos reúne bajo un mismo imaginario, todo queda dispuesto para la consolidación de un nuevo orden de elementos presentado justamente desde lo movedizo y cambiante, justamente desde lo que no es fundamento para el ser, sino mera superficie por la que irnos deslizamos. Todo se remueve, todo se destierra y se invoca con un único objeto, la sustitución de lo ignoto –fundamento del ser y del todo– por un estado en que lo numinoso es certeramente desarticulado en tanto que prescindible. La función del rito, del mito, de la ofrenda, del sacrificio, con los valores que se incorporan a ellos, queda despojada de sentido, pues todo deviene en un hacer y un deshacer, en el que cualquier nudo resulta ya innecesario, molesto, ofensivo para nuestro nuevo y único dios, determinado enteramente por la potencialidad de la ciencia.

### Vinculación con el centro individual y colectivo

Llegados a estas lindes, podemos decir que hallamos en este acontecer una simbólica invasión del centro,<sup>10</sup> remitente a una racionalización de nuestras profundidades tanto individuales como colectivas. La horadación aquí se produce en relación con un sustrato inconsciente<sup>11</sup> sin el que toda construcción, material o eidética, queda devorada de inmediato por el espíritu dialéctico del que el individuo participa. Es sabido, la carencia de eje torna nuestra mirada aleatoria, pudiendo tan pronto defenderse un planteamiento como su opuesto: la única guía, la única meta asimismo, en tales casos, queda identificada con el provecho que podamos sacar de una realidad dada, su inmediato rendimiento. Lo natural deviene en falsamente cultural –falsamente pues prescinde de su ignoto sustento–; lo oscurecido, en fenómeno de sobria limpidez; la existencia, en mera fachada.

Tal y como ocurre con el aludido deseo de vernos despojados de temores y de dioses, nuestro fluctuante imaginario reconduce cualquier categoría del sujeto hacia un espacio aséptico, reblandecido, constituyendo nuestro ideal una ataraxia respecto de cuanto nos desplaza de la anhelada superficie. Entiéndase bien: horadamos, construimos, experimentamos, con el exclusivo deseo de tornar todo en dominable, de pasar todo por el filtro racional, desechándose lo que no lo pasa. Controlando el orden de cosas, o creyéndolo controlado –recordemos que el acto de tejer nuestras conceptualizaciones y el de ‘introducir’ violentamente en ellas a la naturaleza es realizado, diríamos, a la par–, en paralelo nos mecanizamos. Desde este panorama no se advierte lugar para el pensamiento crítico, para un pertinente discernimiento. La actividad anímica del ser se repliega sobre la superficie. Toda sima, toda cumbre, queda suavizada, y, en último término, todo rasgo de individualidad, difuminado. Cualquier diferencia, dicho de otro modo,

<sup>9</sup> Señala Roberto Calasso: «Dos mil años después de Cristo, el secularismo envuelve el planeta. Así es no porque haya vencido a las religiones, sino porque, entre todas las religiones, es la primera que no se dirige a entidades externas sino a sí misma, en cuanto visión justa y última de las cosas como son o como deberían ser.

El siglo XX ha sido el de la autorreflexión, y este carácter se manifiesta también en el hecho de que la sociedad se toma a sí misma como objeto que lo engloba todo, gracias a esa arma invencible que se presenta bajo el nombre de tecnología.

Con la secularización el sentido de lo religioso tiende a extinguirse» (2018, p. 47).

<sup>10</sup> Para un conocimiento de la significación del «centro», resulta oportuna la consulta de algunos de los tradicionales diccionarios de símbolos. En una de las significaciones que Jean Chevalier le concede, leemos: «El centro [...] es el hogar de donde parte el movimiento de lo uno hacia lo múltiple, de lo interior hacia lo exterior, de lo no manifestado a lo manifestado, de lo eterno a lo temporal, procesos todos de emanación y de divergencia donde se reúnen como en su principio todos los procesos de retorno y de convergencia en su búsqueda de la unidad» (1986, p. 273). Líneas atrás, Chevalier comienza su exposición sobre el ‘centro’ con la identificación entre éste y Dios. Desprovistos del uno, carecemos en consecuencia del otro.

<sup>11</sup> En este punto, el lugar más paradigmático nos llevaría hasta Freud y el psicoanálisis clásico en su persistente afán por «abrir», para despojar, al individuo de todo fondo, por desproveerle de su parte de sombra, por despojarle, en fin, de todo estrato pulsional hasta dejarle vacío, exhausto, carcomido por dentro y, aun quedando todo ello en un hipotético deseo, devenido por completo en sujeto racional, enteramente mecánico. El individuo participa de esta actividad, de esta necesidad, a escala tanto individual como colectiva: se desentierran a los muertos, se desentierra la vida. La neurosis asoma como respuesta natural y, como en una rueda diabólica, el psicólogo adentra sus manos sobre nuestra tierra.

«subsana»». Bajo un aparente afán de integración, el sujeto se domestica a sí mismo para a sí mismo anularse.

Aquello que acontece en nuestro espacio interior no deja de conformar un cuadro de nuestro mundo exterior, y viceversa. Y así, por tanto, regresando a un horizonte «real» y a nuestro punto de apoyo, podemos advertir cómo el aludido vaciado de sustratos –valga la redundancia– profundos, psíquicos asimismo, a escala tanto individual como colectiva, encuentra su proyección en fenómenos cristalizados como es el caso de la construcción hacia abajo. El fenómeno se extiende sobre todo orden existencial. Se levantan raíces, se desentieran suburbios y escombros, quedando cubierto nuestro subsuelo, como también nuestros mares, nuestros montes y cerebros, por cables, autopistas, trenes, chips y tuberías. Desde aquí sólo cabe dar un nuevo paso para advertir la proyección de esta misma realidad sobre el ya masivo mundo virtual. La psique mismo deviene en imagen, su contenido se vuelca sobre la pantalla. Todo es visto, todo es controlado, nada se escapa a la mirada del ojo artificial, de ese nuevo dios que vamos conformando sin conocernos ya a nosotros. Dios desprovisto de sustancia, carente de otra motivación que no sea la del sondear su propio ser. Si la mística nos habla de un dios que a sí mismo se observa y conoce a través de nuestros ojos, la nueva concepción técnico-místico-nihilista nos habla de un dios que se auto-practica la autopsia por medio de nuestras manos. El individuo, amo y señor de la superficie, pasa a dominar o, al menos, a explorar peligrosamente el reino de Urano, como también el inframundo, allí donde la antigüedad situaba a Plutón y donde quedaron encerrados los titanes. Sobre su potencia desmedida, sobre su capacidad destructiva, Junger y Schmitt, Benjamin y Adorno, cimentan algunos de sus diálogos.

Desde este trasvase de sentidos, y regresando a nuestro terreno de anclaje, se comprende la construcción invertida con la que hemos ejemplificado las ideas desarrolladas como símbolo de un irrefrenable proceso de tecnificación por el que, buscando nuevos espacios, el individuo vacía sus lugares interiores, privándose de lo informe con todo cuanto esto implica. Obsesionado con la sustitución de un orden natural por uno construido a su medida, a su imagen y semejanza, el sujeto parece absorber la sustancia de las imágenes y palabras con que ha construido sus mitos, desvelándose como su propio y reluciente dios, y descubriendo en sus mitos y símbolos, en sus textos proféticos también, el oráculo que ha ido conformando y a un tiempo destruyendo. Un afán por racionalizar lo inescrutable se presenta así como acercamiento último del ser a una metafórica esfinge para, en último término, percatarse, perplejo, de que, en lo tocante a sus búsquedas esenciales, está, como siempre lo ha estado, al inicio del camino. Una voracidad de ambición exagerada se dirige primero a las cimas, y después a los sustratos: masticado el padre, engullida la madre, el sujeto, en un acto a medio camino entre la soberbia y la culpa, acaba por devorarse a sí mismo.

## Conclusión

Hemos prestado atención a una serie de realidades aquí simbolizadas –por su singular ubicación y por lo explícito de su ideario– sobre el proyecto del Rascasuelos diseñado por Bunker Arquitectura para el Zócalo de Ciudad de México. Estas realidades, las hemos identificado con un proceso de vaciamiento de toda esfera, imaginaria o concreta, de nuestro orden vital. Despojados de sustancia el orden aéreo –o, si se quiere, sustituida su transparente atmósfera por nuestro mundo de objetos y de máquinas: remitente ante todo a un destructivo objeto y, tras ello, a un límpido vacío–, hemos hecho lo propio con los estratos profundos de nuestro medio, pero también de nuestro imaginario. Queriendo reencontrar nuestras raíces, las hemos angostado, ya levantándolas, ya suplantándolas por un entramado de artificiosos productos. Metafóricamente sólo en parte, hemos sustituido todo tejido eidético por una red de cables, hilos o túneles, para acabar por reconocernos, con hipócrita gesto de sorpresa, como artífices de nuestra propia existencia, de nuestro propio destino. Ansiando, en definitiva, convertirnos en nuestros nuevos dioses, vamos construyendo un espectral demiurgo siempre a nuestra misma imagen, siempre a nuestra misma medida tan maltrecha y menguada; deseando encontrarnos como sujetos, nos hemos reconstruido como objetos en el momento en que, en un último acto de soberbia, hemos dado forma a una nueva deidad enteramente mecánica y artificial.

Desde este panorama en principio desalentador o, al menos, en exceso fluctuante, en exceso incómodo para satisfacer nuestras necesidades primarias, desfondados nuestros espacios tanto interiores como exteriores, nos empezamos a advertir como entidades virtuales, como meras imágenes o proyecciones últimas de nuestro repudiado sustrato irracional: seres llanos, sin peso ni densidad, enteramente mensurables, pues la cualidad, lo bullente o maleable, aquello que hasta ahora nos dotaba de riqueza y dimensión interior, coincide con aquello que hemos desechado por sucio y molesto, por ajeno a nuestras idealizaciones, o, en su caso, por aquello que hemos analizado hasta terminar asfixiándolo. El terreno poco antes situado bajo nuestros pies deviene así en mampara de cristal donde nada queda oculto: ni sueños, ni temores, ni diablos, ni dioses; un mundo por completo iluminado, al menos en apariencia, pues esta última es, si tal cosa resulta posible, la sustancia de nuestro imaginario.

Desentrañada sólo aparentemente la existencia, desustanciada su realidad, transmutado cualquier fenómeno en objeto de análisis, todo resulta medible y de todo nos despojamos: dioses, diablos, mitos, la totalidad se presenta apta para ser reducida al número y ponerse en el mercado. El vaciamiento interior expone una realidad, un anhelo, si se prefiere: la inexistencia de lo indefinido, de lo inconcreto y abstracto, o su consideración como existente sólo de poder tornarse cuantificable. Y así, las ideas devienen en juegos o en saltos de ya controlables neuronas, la emociones, en comportamientos hormonales, los dioses encuentran su cuna entre ambas, y ahí mismo se adormecen. Reducido el ser a su tejido nervioso, o, si se prefiere, al bit, reducido a su vez el mundo a una proyección de nuestra propia mente, lo inaprehensible no tiene, en último término, cabida en la existencia, como tampoco la vida tal y como hasta ahora la comprendíamos. Es éste el simbolismo que hemos hallado en el metafórico vaciamiento del terreno.

Una comprensión del universo objetivada, no plástica, aséptica, no estética, torna cada realidad en resultado de un efecto- causa que comenzamos a sentir no como hecho esperanzador, sino como simple mecánica existencial. La incapacidad de convivir con todo tipo de emociones, no sólo con aquellas lacerantes, sino igualmente con aquellas satisfactorias, se torna evidente y sintomática de nuestro mundo duplicado; un mundo duplicado sólo desde su ser cuantitativo, al tiempo que desprovisto de arquetípicos nutrientes. El lenguaje, a su vez, cabe conjeturar, va perdiendo su significación hasta quedar convertido en mero guarismo: comunica, si bien no esconde sabiduría, no remite al fundamento, salvo que comencemos a identificar a éste como mera superficie y como nuevo lenguaje al habla computacional –y, por tanto, a modo de moderna Torá, a comprenderlo como encarnación de nuestra deidad contemporánea (o de nosotros mismos en tanto que deidad)–, nuevo modelo de escritura desde el que nos descubrimos como espurios e ignominiosos demiurgos. Un estado de esclavitud frente a un mar de impulsos nerviosos nos sitúa, en fin, de nuevo al inicio del camino en un punto entre una extraña libertad y lo, en apariencia, auto-determinado. Roto el enigma, todo se comprende falso, todo usurpado, todo juego y espejismo. «Corregido» lo telúrico, se tiende ante nosotros un mundo perpetuamente despierto, insomne, un mundo enfermo por exceso de salud.

Éste es, en fin, el panorama que hemos deseado pintar. Habrá quien comprenda en todo este acontecer algo más que una necesidad, el franqueo de un eslabón desde el ser hasta otro estrato de existencia –sin coincidir un término con el otro, pero forzosamente encadenados–, y que este recorrido, lejos de constituir un paso atrás, permite la superación de un rechazable estadio –proyectada culpa adánica– que ha de conducir a la imposición de un espectro de hombres sin cuerpo ni necesidades, modelo de venidera existencia. Como nada de cuanto la historia depara sabemos simplemente, cabe constatar el aludido tránsito de un estadio a otro a modo de condena en este artificioso existir, cuando no agónico, carente en sí de sentido –no necesariamente como consecuencia del fenómeno, la vida, sino ante todo de cuanto proyectamos o hacemos de ella–, o reducido éste a las actividades más triviales y mecánicas. A este estadio, posea la imagen que posea, qué duda cabe, lo seguiremos llamando vida.

## Bibliografía

- Calasso, Roberto (2018). *La actualidad innombrable*. Barcelona: Anagrama.  
Chevalier, Jean (1986). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Herder.

Földényi, László (2008a). *Goya y el abismo del alma*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Földényi, László (2008b). *Melancolía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

León-Portilla, Miguel (2005). *Aztecas-mexicas. Desarrollo de una civilización originaria*. Madrid: Algaba.

Maffesoli, Michel (2002). *La part du diable: précis de subversion postmoderne*. Paris: Flammarion.

Sloterdijk, Peter (2004). *Esferas II*. Madrid: Siruela.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.